

Nº 27

11 agosto 1975

LAS INSTITUCIONES JESUITICAS DE ENSEÑANZA SUPERIORY LA 32a CONGREGACION GENERAL

Roma, 5-8 agosto 1975

Este número de DOCUMENTACION recoge algunas de las presentaciones hechas durante la mayor reunión internacional que la Compañía haya tenido de jesuitas con altos cargos en el campo de la enseñanza superior. Aprovechando que con ocasión de la reunión de la Federación Internacional de Universidades Católicas en Nueva Delhi, del 12 al 16 de agosto, muchos educadores jesuitas estarían de paso, el P. General Arrupe invitó a los presidentes y rectores de instituciones jesuíticas de enseñanza superior a reunirse con él y con algunos miembros del staff y entre ellos mismos.

El tema principal de la reunión fue la necesidad de revisar el inmenso esfuerzo apostólico que realiza la Compañía en el campo de la enseñanza superior en la perspectiva de la 32a Congregación General, que pone un énfasis apostólico especial en el servicio de la fe y en la promoción de la justicia para todos los hombres. La urgencia de estas nuevas demandas deben de ser vistas a la luz de la dimensión internacional de la Compañía y en la necesidad de una cooperación efectiva a nivel mundial.

Introducción y conclusión del discurso del Santo Padre a los Presidentes de las Universidades de la Compañía de Jesús

(Aula del Sínodo, 6 de agosto de 1975)

No podemos comenzar sin los saludos de costumbre. El primero va dirigido al Prepósito General aquí presente, que honra y da el tono a esta vuestra hermosa reunión. Nos alegramos de su presencia que pone en evidencia la voluntad de estar en unión de propósitos y de intenciones, en unión de fuerzas para servir a la Iglesia y para servir a Jesucristo, para dar a la Sabiduría del Señor y del Espíritu Santo su testimonio en nombre de vuestras grandes y hermosas instituciones de educación. En esta pequeña introducción -no sé si comprendéis el italiano- quiero manifestar mi gran simpatía por la universidad. No es que yo sea un "profesional" de la universidad, ni que mi asistencia casi furtiva haya producido grandes resultados... La frecuenté en mi juventud; pero vine a Roma con esta orden: "Vaya a Roma a descansar un año", y me encontré, sin más, inscrito simultáneamente, casi por fuerza, a tres universidades. Sin embargo, este hecho marcó, imprimió en mi alma una grande simpatía por la enseñanza superior y por este contacto que contribuye a formar una cierta tensión intelectual entre profesor y estudiantes o alumnos. No se trata de un duelo, sino más bien de una como aventura, algo que nos recuerda un poco la lucha entre Jacob y el Ángel.

Conviene que por lo menos las fuerzas del espíritu se enfrenten en el campo universitario; conviene que vosotros seais los protagonistas de esta lucha cuyo objetivo no es suprimir sino hacer surgir futuros colegas vuestros o por lo menos alumnos que den un buen testimonio de la enseñanza que les habeis dado.

(Sigue el discurso en latín)

Os hemos dicho algo sobre lo cual tendreis la bondad de pensar y reflexionar. También hemos procurado - lo decimos con toda candidez- limitarnos al tiempo que se nos había concedido para este breve encuentro, reduciendo así un discurso que era más extenso en su redacción y que tendréis oportunidad de leer si os agradare. Lo que queremos que quede impreso en vuestra alma es la grande estima que profesamos por vuestras personas, por la Compañía de Jesús, y sobre todo por la misión que tenéis en la cultura moderna, en vuestro contacto con la juventud, mediante la formación de almas que piensen y estén abiertas a la verdad, mediante la formación de vuestros alumnos.

Confiamos que vuestras escuelas, vuestras universidades, sean de verdad viveros de almas que creen, que piensan, que han sufrido este aprendizaje de enfrentarse con las dificultades actuales, que nacen precisamente de la cultura moderna. Esta nos pone tantas, tantas preguntas y tantos problemas. Lo sabemos. En este campo sí que tenemos alguna experiencia hasta personal. Me refiero al sufrimiento que experimenta el que quiere amar seriamente la verdad y traducirla en sus propias palabras, en su propia vida; especialmente cuando a uno se le mide y se le observa con esos ojos implacables de los jóvenes de hoy. ¡Son críticos formidables! Más prontos quizás para criticar que para aprender y mucho menos para enseñar. Pero no debemos temer esta crítica sino debemos sentir que ella nos interpela, nos impulsa, nos solicita, nos interesa, nos atormenta, pero al mismo tiempo nos hace fuertes, por lo menos mediante el sufrimiento, que es, con todo, alegre para cuanto exige nuestra enseñanza.

Quisiéramos una última cosa. Quisiéramos que vosotros, que representáis una élite única en el mundo y en la misma Iglesia, tuviérais la caridad, la bondad de llevar a vuestras instituciones nuestro saludo. Decid que también el Papa sufre por la verdad, que la busca, la desea, la ama, y que tiene el carisma de sentirse feliz por haber sido encargado por Cristo del "confirma fratres tuos". Quisiéramos que vosotros tuviérais hoy en vuestras almas la impresión beatificante de haber sido "confirmados" con nuestra bendición en la Palabra de Cristo.

Por favor, Padre Arrupe, venga también Usted aquí y recemos juntos con estos hermanos el Veni Creator...

Daremos al Padre General una medalla del Jubileo, de las primeras que se han hecho. Y también el Nuevo Testamento traducido según el texto de la neo-vulgata. Se encuentra completo en un pequeño volumen de bolsillo. También contiene los Salmos y algunas oraciones útiles para nuestra vida sacerdotal. Os daremos un ejemplar a cada uno. Nos duele de no poder quedarnos a conversar más con vosotros. Nos hubiera gustado, si el tiempo lo hubiera permitido, oír más que hablar, oiros hablar de vuestra experiencia, de vuestro sufrimiento, de vuestra esperanza... del anhelo de vuestra fatiga, que es en verdad fatiga y no solo científica, cultural, sino también pastoral, pues da a la Iglesia la capacidad de vivir de aquella sabiduría superior que es el Evangelio. Os daremos un ejemplar a cada uno de vosotros y cuando un día lo leáis, tened la bondad de acordaros en vuestras oraciones también de este pobre Papa.

La mission irremplaçable des Universités Catholiques

Le 6 août dernier, avant sa rencontre hebdomadaire Place Saint-Pierre avec les pèlerins de l'Année Sainte, Paul VI a reçu en audience un groupe d'environ 70 Recteurs des Universités dirigées par la Compagnie de Jésus. Sous la présidence du Préposé Général, le R.P. Pedro Arrupe, les Recteurs, venus de tous les continents du monde, participent actuellement à une rencontre consacrée à l'examen de questions concernant l'apostolat de l'éducation supérieure et les décisions à ce sujet prises par la XXXIIe Congrégation Générale de la Compagnie. Il s'agit, en quelque sorte d'une étude préparatoire au Congrès Général de toutes les Universités Catholiques du monde qui allait s'ouvrir quelques jours plus tard (le 10 août) à New Delhi.

Le Saint-Père a adressé à ses visiteurs un discours en langue latine dont voici la traduction:

Fils bien-aimés en le Christ,

Nous nous réjouissons de cette présente rencontre avec vous, Recteurs des Universités que la Compagnie de Jésus soutient dans le monde entier. Dès ses origines, votre Institut a reçu de son Fondateur, parmi d'autres tâches, celle de consacrer vos soins et votre sensibilité aux problèmes de la culture et à la jeunesse qui se livre aux études supérieures. Et de fait, la Compagnie de Jésus a toujours considéré comme une de ses fins la promotion du message chrétien dans le domaine de la culture. Il nous plaît de souligner sans tarder cette prérogative, soit pour en souligner la valeur intrinsèque, soit pour vous dire notre gratitude et nos appréhensions pour un travail si important et délicat dont dépend la promotion de l'Eglise dans les avant-postes de la pensée humaine et de la vie de l'Esprit où la place suprême de l'homme se trouve en jeu. L'apostolat dans le domaine de la culture est, surtout aujourd'hui, irremplaçable: et le démontrent les pages que la Constitution Pastorale *Gaudium et Spes* a réservées au progrès de la culture et à la responsabilité des fidèles en la matière (cf. nn. 53-62; spécialement le n. 62).

Ceci pour vous dire l'estime que nous nourrissons pour votre mission ainsi que l'importance que nous attribuons à notre rencontre pour souligner quelques points qui nous paraissent fondamentaux dans le contexte actuel de la société et de l'Eglise, avec un regard particulier sur le rôle que doivent remplir les Universités Catholiques.

I Les Universités Catholiques face à l'évolution culturelle

Le monde actuel se caractérise par une vertigineuse évolution culturelle dans tous les secteurs. La culture se présente comme un défi à l'homme même qui en est l'artisan et le promoteur. La Constitution précitée a donné de cette situation un diagnostic des plus lumineux (*Gaudium et Spes*, 54-57). Devant la transformation si décisive que le monde connaît aujourd'hui, la mission de l'Université Catholique devient toujours plus importante et même plus originale. Au cours de ces dernières années les Dirigeants des Universités ecclésiastiques, en collaboration avec notre si méritoire Congrégation pour l'Education catholique ont étudié les multiples problèmes que pose l'évolution culturelle, et ce, dans le but de rechercher et de déterminer avec précision quel service l'Université Catholique doit offrir à l'Eglise et au monde face à l'impétueuse transformation actuelle. Le véhicule technologique court toujours plus rapide, et il lui faut par conséquent des phares qui permettent de voir de plus en plus loin si l'on veut éviter à une telle évolution culturelle, qui porte en soi une polarité ambiguë, de se résoudre finalement au détriment de l'homme. L'Université Catholique, quelle lumière doit-elle apporter?

II Nécessité d'une qualification catholique sans équivoque

Au cours de ces récentes années on a cru, dans certaines universités catholiques, pouvoir répondre aux interrogations de l'homme et du monde, débilisant la propre caractérisation catholique. Et les conséquences? On a assisté à un affaiblissement des valeurs chrétiennes qui ont cédé la place à un humanisme qui s'est transformé en une véritable et propre sécularisation; on a assisté également à la dégradation des moeurs dans le cadre des "campus" universitaires, faisant perdre de vue aux jeunes le caractère admirable de nombreuses vertus. De telles tendances, d'ordre intellectuel et disciplinaire ont eu pour conséquence le développement parmi le Peuple de Dieu d'un certain

Fidélité à la tradition
de la Compagnie de Jésus

Certes, les difficultés que les Universités rencontrent aujourd'hui sont très graves. Mais elles ne doivent pas décourager ni inspirer la tentation, manifeste ou sournoise d'abandonner ce secteur pour le céder à d'autres. A ce propos, il importe de préciser qu'est certainement louable et nécessaire la collaboration des laïcs et d'autres prêtres non jésuites dans la gestion de l'Université mais il faut faire en sorte que cela intervienne de manière convenable, de façon que la Compagnie conserve l'autorité nécessaire pour faire face à ses responsabilités catholiques. La Compagnie ne devra donc pas renoncer à son autorité dans les Universités qu'elle possède. Laisser perdre cette méritoire tradition signifierait, non seulement manquer à votre "identité", mais aussi et surtout perdre quelque chose dont l'Eglise a besoin et dont elle ne peut se passer.

IV

Créer dans l'Université un climat
d'authentique foi chrétienne

L'Université catholique est appelée, aujourd'hui plus que jamais, à promouvoir en son sein un climat authentiquement catholique, c'est-à-dire une ambiance où le catholicisme est vivant, actif, visible; les professeurs eux-mêmes et principalement les jeunes en ressentent le besoin. L'enseignement religieux ne suffit pas à lui seul — il doit certes être l'objet des soins les plus attentifs, faire preuve de sérieux scientifique, être entièrement fidèle à l'enseignement de l'Eglise — il importe aussi de créer ce climat dans lequel le jeune se sent sincèrement entraîné à suivre le Christ, à l'aimer et à le porter aux autres. C'est précisément dans le sein de l'Université que les jeunes doivent acquérir ou, s'ils l'ont déjà acquis, perfectionner un style de vie authentiquement chrétien, se rendre compte du caractère sérieux de la profession, ressentir l'enthousiasme d'être appelés, demain, à être des *leaders* qualifiés, témoins du Christ dans les places où ils devront exercer leur profession. Si elle est opportunément secondée, la jeunesse ne manque jamais de répondre sérieusement, de s'engager. Mais il faut lui présenter la vision totale, "catholique", de toutes les réalités humaines sous l'éclairage du Christ, réponse suprême, unique, parce que c'est le Verbe de Dieu qui interpelle l'homme, lui adresse les paroles de vie éternelle (cf. Jn 6, 68) et le met face à ses grandeurs, à ses tâches, à ses responsabilités. L'Université Catholique est évidemment le lieu privilégié où le jeune homme devra être aidé pour pouvoir réaliser cette synthèse globale qui, pour lui et pour les autres sera une source de lumière féconde pour toute la vie. Mais il faut s'engager à fond, il faut travailler, se montrer patient et clairvoyant!

Et à ce propos, disons que les soins pastoraux de la jeunesse universitaire, se révèlent extrêmement urgents; c'est un problème aujourd'hui de fondamentale importance pour l'Eglise. Le Concile Vatican II a souligné dans sa Déclaration *Gravissimum educationis* que "le sort de la société et de l'Eglise même est étroitement lié aux progrès des jeunes qui font des études supérieures" (N. 10). Il importe d'agir avec la plus grande prudence, selon une méthodologie qui corresponde le mieux aux exigences de la mentalité juvénile. Il importe avant tout, cependant, de leurs donner des idéaux de vie chrétienne, incarnés en ceux qui sont formateurs et éducateurs. Il faut ne jamais oublier que les jeunes se conquièrent en leur offrant des idéaux authentiques, importants; l'indulgence, la complaisance, la soumission à la mode peuvent aussi rapprocher les jeunes, mais c'est une approche qui s'évanouit facilement.

Leur présenter le Christ comme réponse complète à leurs problèmes et aux problèmes du monde; leur faire comprendre que le Christ ne déçoit pas leurs sentiments de fraternité, de justice, d'amour universel et que, au contraire, ces sentiments se développent sans limite s'ils trouvent consciemment leur source dans le Christ lui-même: voilà une mission enthousiasmante pour les Dirigeants des Universités Catholiques de la Compagnie de Jésus.

Nous sommes certain que, fidèle à l'esprit de votre Fondateur, vous saurez accomplir votre devoir quotidien, les yeux fixés toujours sur ces objectifs. N'ayez pas peur! Le Christ, Sagesse du Père, sera toujours près de vous pour donner chaleur et force de conviction à vos paroles et à vos méthodes, l'Esprit Paraclet vous suggérera toute chose (cf. Jn 14, 26) pour que vous sachiez faire entendre aux jeunes l'enseignement éternel du Christ et l'appliquer à leurs exigences et aux besoins de la vraie culture; la Vierge Très-Sainte, *Sedes Sapientiae* vous assistera de ses soins maternels. C'est cela la prière que nous lui adressons pour vous, pour vos collaborateurs, pour vos élèves dans les nombreuses et importantes Universités des Jésuites.

A tous, notre Bénédiction Apostolique.

L'Osservatore Romano
édition française
15 août 1975
[n. 33 (1339)]
pages 1 et 3

5.8.1975

MISION DE LA COMPAÑIA EN EL APOSTOLADO UNIVERSITARIO

Queridos hermanos en Cristo:

Hace exactamente cinco meses recorría con mi mirado todo este Aula antes de pronunciar mis últimas palabras a los Delegados de la Congregación General XXXII. Y en ese momento, tanto ellos como yo nos preguntábamos cómo podríamos transmitir a toda la Compañía la rica y profunda experiencia de los tres meses anteriores.

Y ¿qué otro mejor medio tengo en mis manos para llevar adelante el trabajo de la Congregación sino aprovechar cualquier ocasión para reunirme con varios grupos de jesuitas y estudiar con ellos las orientaciones que ella nos ha dado? De ahí que podáis imaginar mi alegría al tener noticia de las reuniones de Delhi y de Moscú a las cuales asistiríais muchos de vosotros; pensé que sin imponeros un gran esfuerzo podía invitaros a hacer una parada en Roma. Y esta alegría es ahora mucho mayor cuando os veo ya aquí. Pensé que podríais venir unos treinta o cuarenta y he aquí que habéis venido sesenta! Estáis aquí casi todos los directores de nuestras instituciones de educación superior de América Latina y del Norte, de Europa y de Asia Oriental junto con una nutrida representación de la India.

Es la primera vez en la historia de la Compañía que se reúne un tan amplio grupo de directores de nuestras universidades y centros de educación superior!!

Quiero subrayar expresamente que se trata de la primera reunión a larga escala que mis consejeros y yo celebramos después de la Congregación General y que la tenemos con vosotros, directores del importantísimo apostolado de la educación superior institucionalizada. Lo subrayo, porque el apostolado de la educación ha estado en el corazón de la Compañía desde su mismo origen (cf. Const., parte 4); porque puede ser que tengáis dudas sobre la importancia que la Congregación ha dado a este apostolado ya que no ha hecho ninguna especial declaración sobre él. Lo subrayo también porque es precisamente por medio de las instituciones de las que venís como la Compañía se pone en contacto con ese mundo del saber que, para bien o para mal, alimenta a los ciudadanos de todas las naciones con las ideas y prejuicios de las que surgen después las normas de juicio y de acción. E insisto en ello, finalmente, porque la "universidad Católica tiene una especial vocación en la sociedad moderna" y trabajar por su desarrollo "es realizar una obra eclesial urgente e irremplazable" ya que "la universidad católica es un elemento necesario de la Iglesia, que vive en ella para el servicio del mundo" (Pablo VI, Osservatore Romano, 27-28 Nov. 1971 y 12 Dic. 1972).

¿Cómo podemos usar del modo mejor el limitado tiempo de que disponemos? Ante todo yo diría que como "hombres de oración, de la evangélica misión de

Cristo, dotados de espíritu sobrenatural" (Pablo VI: Allocución a los miembros de la Congregación General (3 Dic. 1974)). En segundo lugar, de un modo comunitario. Muchos de vosotros os encontraréis por primera vez y os daréis cuenta de que a pesar de venir de partes muy diversas del mundo, sois nudos de esa red que es la communitas dispersa de la Compañía en el mundo académico. Veréis que tenéis no solamente las mismas preocupaciones, sino los mismos desafíos y oportunidades.

Nuestra orante apertura a Dios en espíritu de fraterna participación nos llevará sin duda alguna más allá de la Compañía de Jesús. Nos situará eclesialmente, en la Iglesia, que nos confía nuestra misión de servicio a los hombres en su búsqueda de la fe y en su promoción de la justicia. En estos cuatro días, pongamos el mayor esfuerzo para que las preocupaciones de la Iglesia sean nuestras preocupaciones, sus necesidades, nuestras necesidades, sus flaquezas, nuestra carga común.

Finalmente, pidamos al Padre de Jesús que nos lleve a su Hijo, que nos ponga con su Hijo, cuyo Nombre llevamos. Con todas nuestras limitaciones ¿no podremos esperar que el Padre de Jesús nos va a ser "propicio en Roma" como fue S. Ignacio en la visión de La Storta? Si ciertamente. La mano de Dios no se ha abreviado.

El tema que propongo a consideración esta mañana es que el apostolado universitario es de capital importancia para la Iglesia y, por lo tanto, para la Compañía, por muchas razones, que vosotros conocéis mejor que yo. Sin embargo, permitidme señalar dos y exponerlas brevemente antes de pasar a considerar el papel profético de la universidad Católica.

1. Las enseñanzas de Nuestro Señor se dirigen a todos los hombres, y de un modo especial a los "sabios de este mundo". Ahora bien: los sabios de este mundo los encontramos, si no exclusivamente, ciertamente en modo especial en las instituciones de educación superior. Por lo tanto tales instituciones merecen ocupar un puesto importante en nuestra planificación apostólica y en nuestras obras.

2. La enseñanza de Nuestro Señor debe ser la sal que penetra y sostiene la vitalidad de las culturas humanas. Ahora bien: las culturas humanas en especial en este moderno mundo tecnológico se forman en las instituciones de educación superior. Por lo tanto en tales instituciones se nos ofrece una incomparable oportunidad a fin de que allí donde florecen los bienes de la civilización florezca y abunde más la gracia de Dios.

Mi primera afirmación, es decir, que la enseñanza de Nuestro Señor se dirige de un modo especial a los "sabios de este mundo", puede haber sorprendido a alguno de vosotros. ¿No dijo Nuestro Señor que había complacido a su Padre revelar a los ignorantes lo que había escondido a los sabios y letrados (Lc.10.21)? Y la Iglesia en estos últimos años, por medio del Santo Padre y de los Obispos que interpretan el Evangelio para el mundo de hoy ¿no nos han orientado muy explícitamente a que nos preocupemos mucho más que antes de los pobres, de los desclasados, de los marginados?

Aunque pueda parecer paradójico, los "sabios de este mundo" tenemos que ponerlos frecuentemente entre los emprobecidos, los marginados, entre lo que sufren de esa soledad que es la señal especial de los desclasados. Se encuentran con frecuencia fuera del contacto con la luz y el poder salvador del Señor, encerrados en un mundo de valores que excluye al ser personal Trascendente. Este aislacionismo es con frecuencia más grande cuanto más avanzada es la investigación en que centran sus vidas. No han encontrado/ con los equivalentes de un Justino, Ireneo, Agustín, Buenaventura, Tomás de Aquino, Ricci o de Nobili. Pero si los "sabios de este mundo" se convierten en sabios en Cristo, su influencia será enorme, como la luz puesta en el candelero y que alumbraba a todos los de la casa (Mt.5.14).

Y ¿cómo se convertirán en sabios según Cristo si las personas eruditas cristianas no están presentes en su mundo de la filosofía contemporánea, de la ciencia o el arte o no se encuentran como en su elemento en este mundo que nos sugiere el lírico grito de San Pablo: "¿Qué grandes son las riquezas de Dios. ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció el pensamiento de Dios? ¿Quién puede entender sus caminos?" (Rom.11.33).

Cuando miramos la comunidad jesuítica y después el gran número de profesores seculares y administradores de nuestras instituciones, ¿qué vemos? ¿Se pueden ellos— y nosotros— distinguir de nuestros compañeros de otras instituciones? El "secularismo dominante" ¿es acaso la atmósfera que respiramos, de modo que Dios está en realidad ausente de nuestro mundo? ¿Hasta que punto hemos hecho nuestro el juicio dado en forma tan incisiva en Jesuitas hoy sobre la situación del mundo actual, o sea: "el predominio de la injusticia en un mundo en el que la supervivencia de la raza humana depende del amor mutuo y de la mutua comunicación de bienes es uno de los principales obstáculos para creer, para creer en un Dios que es justicia porque es amor."? (Jesuitas hoy, no. 7).

Comento ahora mi segunda consideración: que la enseñanza de Nuestro Señor está llamada a penetrar las culturas humanas y vivificarlas desde dentro. Cada comunidad humana trabaja en nuestros diversos países no solo para todos los hombres sino para la cultura total. Los líderes culturales, políticos y económicos son los que dan forma a nuestras culturas, ideologías y estructuras y, a su vez, sacan su visión del hombre y del mundo, al menos en parte, de la "industria del conocimiento" en cuyo corazón encontramos a la universidad.

No siempre ha sido así. Pero hoy la creciente conciencia del hombre acerca de su identidad cultural, el surgir de "nuevas naciones con sus valores culturales propios, los problemas ecológico y de la población y la crisis de valores reforzada por la revolución tecnológica de las pasadas décadas han subrayado la necesidad de universidades en las que tan tremendos problemas puedan ser estudiados metódicamente en modo interdisciplinar. Desde el punto de vista de las relaciones rurales-urbanas podemos decir que el movimiento de la población y el cambio de las fuentes de poder de la dispersión rural a los centros urbanos, lleva casi inevitablemente a reforzar el papel de la universidad. Y se convierte así ésta en el punto donde los hombres en busca de conocimiento y comprensión dan a tal búsqueda un nombre y un establecimiento local.

Tales convulsivos cambios nos ponen frente a frente con el problema de la inculturación en el sentido estricto de la palabra; es decir, la cristificación de las culturas. Esto pesa claramente no solo sobre las "nuevas" naciones, con sus sub-culturas que se basan en diferentes orígenes tribales y étnicos, sino también sobre las naciones industrializadas del avanzado mundo tecnológico y de sus sub-culturas y estratos sociales. Para entender qué quiere decir ser una persona, precisamente en cualquier particular cultura o sub-cultura, hace falta experiencia y una reflexión que resulte de la contribución de muchas disciplinas y la luz de la fe que ilumine toda reflexión.

Por lo tanto, inculturación es la encarnación de la Fe y de la existencia cristiana en todas y cada una de las culturas, de modo que los hombres puedan expresarla después por medios adaptados a cada uno. Así podrán desarrollar y profundizar y lo mismo transmitir su fe en su propio lenguaje (ecclesia localis), por medio de conceptos sacados de su propia cultura (inculturatio philosophica et theologica), de acuerdo con su propia tradición espiritual y religiosa con valores propios de ella (inculturatio vitae spiritualis). Este proceso debe avanzar sin deformación alguna del Evangelio ya que solo a la luz del Evangelio pueden ser juzgados y evaluados sobrenaturalmente estos valores culturales y humanos. Cuán propio de nuestras instituciones de educación superior es el estudio de una empresa como esta en la que ocupan su lugar propias materias como la historia, la antropología, la lingüística, la sociología y otras.

Se puede argüir que los avanzados institutos estatales o industriales de investigación y los programas populares que se dirigen a millones de personas por medio de la radio o la televisión, no solo producen sino divulgan nuevos valores, por lo que no son ya tan importantes las instituciones de educación superior.

Es verdad que tales instituciones tienen ahora unos competidores que no tenían hasta un reciente pasado. Pero si nos preguntamos dónde se han educado los investigadores de los institutos especializados y los autores de los programas de televisión ¿no volvemos de nuevo a nuestras instituciones de educación superior?

Ciertamente la Congregación General estaba convencida de la necesidad de una "formación profunda y académica de sus futuros sacerdotes" de la Compañía. Prestad atención, desde el punto de vista de la educación superior, a sus firmes consignas sobre este tema:

La Compañía, por tanto, de nuevo opta por una profunda formación de sus futuros sacerdotes en los estudios, tanto teológicos como filosóficos, humanos y científicos, en la persuasión de que, supuesto el testimonio de la vida, no hay camino más apto para ejercitar nuestra misión. Este estudio es obra apostólica que nos hace presentes a los hombres, en cuanto que de esta manera se conocen más profundamente sus posibilidades, necesidades y su medio cultural. Fomenten y estimulen en los estudios lo que

hoy frecuentemente queda ahogado por el mismo modo de vivir y sentir: el espíritu de reflexión y la conciencia de los valores más profundos y trascendentales. (Formación de los Jesuitas, no 22).

Todo esto que decimos de nuestros jóvenes de la Compañía es también verdad, en su propio nivel, hablando en general de los jóvenes de ambos sexos. Especialmente los que dedican entre 3 y 10 años en obras de educación superior deben fomentar ese "espíritu de reflexión y una conciencia de los valores más profundos y trascendentales" que los capacitará para unificar varios campos de estudio en una viva síntesis de conocimientos que usen después para su propio bien y el de sus semejantes.

No creamos fácilmente que los estudiantes alcanzarán este espíritu de reflexión y de síntesis simplemente porque estudian en nuestras instituciones. Por otro lado, no dejemos obsesionarnos por las dificultades creyendo que nuestros estudiantes buscan exclusivamente un título o un certificado que les ayude a encontrar un empleo mejor que el de sus compañeros.

Por lo tanto, la enseñanza de Nuestro Señor debe penetrar las culturas humanas y vivificarlas desde dentro, por medio de los estudiantes que escogen nuestras instituciones.

Quizás mientras oís esto, cada uno piensa en su propia institución: en el pequeño número de jesuitas, en el creciente número de profesores seculares. Quizás pensáis que yo hablo de un modelo que ya no existe —el pequeño centro de menos de 1.000 estudiantes con un equipo casi exclusivamente jesuita. No, creedme que os hablo de vuestra institución, de la pequeña y de las de cinco, diez o quince mil alumnos, con un equipo jesuita cuya edad media es considerablemente mayor que la de hace diez años y con un equipo secular el doble, o veinte o cuarenta veces superior en número al de la Compañía.

Hablando de estas instituciones, ¿no es clara nuestra especial responsabilidad de estrechar nuestros lazos con los profesores y administradores seculares? Quizás no haya aspecto más importante que este en casi todas nuestras instituciones. No quiero descender a detalles sobre esto, pero os pido que examinéis vuestras instituciones desde este punto de vista y os hagáis algunas preguntas concretas, como éstas:

1. ¿Qué espíritu, en general, hay entre los profesores seculares? ¿Consideran la Universidad de la Compañía como cosa propia? ¿Se les da la oportunidad de aprender, estudiar y explicar los valores ignacianos que han dado origen a la universidad de la Compañía y que se supone la impregnan toda?
2. ¿Se prestan los NN. para planificar junto con los profesores seculares? ¿Qué resultados prácticos ha producido tal planificación?
3. En un punto tan delicado como es el de la selección de nuevos profesores, ¿existe en nuestra institución un plan que ponga en relieve ciertas cualidades

de instrucción y ciertos campos de investigación que sirvan de base para la selección?

Nuestros antiguos alumnos ¿no son también parte de nuestras instituciones? Sin duda se encuentran en casi todos los géneros de vida en casi todos los países del mundo. ¿Nos interesamos verdaderamente por ellos? ¿Nos mantenemos en contacto con ellos por medio de reuniones con fines más importantes que el de sacar fondos? No quiero descender a más detalles, pero os recuerdo mi modo de pensar sobre este importante tema (AR XV (1968) 341-347).

Finalmente, quisiera por lo menos mencionar una enorme fuerza para el bien que está a vuestra disposición, y que a veces se pasa por alto o se descuida. Me refiero a la formación de la opinión y a la formación indirecta de la conciencia que ella implica. Quizás recordéis lo que sobre este tema dije en el Sínodo de Obispos el año pasado:

"La Iglesia no puede ignorar este fenómeno que constituye un verdadero 'signo de los tiempos'. La formación de la opinión pública, y su liberación de las fuerzas que la quieren suprimir o deformar, deberían constituir hoy día uno de los principales objetivos de la tarea evangelizadora de la Iglesia.

La adecuada formación y expresión de la opinión pública es necesaria para el desarrollo humano integral que la evangelización quiere promover. Por consiguiente, como el Concilio Vaticano II declaró:

Todo esto pide también que el hombre, salvados el orden moral y la común utilidad, pueda investigar libremente la verdad y manifestar y propagar su opinión ... y ... que se le informe verazmente acerca de los sucesos públicos. (GS no. 59)

Los dos elementos principales que de hecho forman y definen la opinión pública son: por una parte, la información que se difunde sobre los hechos y las ideas, sobre la realidad histórica en que vivimos; por otra, los valores, esquemas mentales y actitudes que condicionan la recepción de esa realidad y a veces hasta la deforman.

Esforzarse para que la opinión pública no sea manipulada, sino informada de una manera objetiva e imparcial, y para que esta información se reciba e interprete a la luz de una visión cristiana del mundo, del hombre y de la sociedad, es hacer obra de evangelización".

Todos tenemos conciencia del enorme poder que la televisión, la prensa y el cine tienen en la dirección de las principales corrientes de la opinión pública. Si queremos cumplir con nuestra parte en la dirección de este influjo, de una manera sabia y recta no debemos preocuparnos de aumentar el ámbito de la in-

formación: debemos ocuparnos sobre todo de la imagen, los presupuestos, el ángulo de visión, la trama de referencias, la presentación simbólica de los valores.

La universidad mira al desarrollo total del mundo - intelectual, artístico, moral, religioso - y a las fuentes de valores, tanto personales como sociales. Y podemos preguntarnos: ¿En que forma contribuyen nuestras instituciones a la formación de valores que se refieren a los aspectos sociales y a los programas comunitarios? ¿En qué forma exploran los profundos valores religiosos y espirituales de la experiencia humana para asegurar así, en línea con su propia finalidad, asegurar que ocupen su puesto en la formación de la opinión pública?

No creo exagerar si os digo que pocos, por no decir ninguno, en la Compañía tienen las oportunidades que vosotros tenéis de llevar la sabiduría del Evangelio a los hombres. Vuestra actuación en la comunidad local y aun nacional puede incluso aterrorizaros porque sabéis que cuando habláis no se os escucha como a un jesuita particular sino como a presidente de una institución importante. Quizás recordais lo que se cuenta de Charles W. Eliot, ilustre presidente de la Universidad de Harvard. Cuando su secretaria supo que quien llamaba por teléfono era el entonces Presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, le rogó que esperara un poco y, localizado el Dr. Eliot, contestó: "El Presidente Eliot está pronto para hablar con el Sr. Roosevelt". Quizás os sonriais, pero sabéis que hay algo de verdad en esta anécdota ya que las personas de poder político y económico saben que hombres como vosotros ayudan a la formación de los valores de la juventud y de comunidades enteras.

Como decía antes, la enseñanza de N. Señor se dirige a los "sabios de este mundo". Está llamada a impregnar todas las culturas humanas y nuestras instituciones y estructuras. También a hacer de puente entre las cosas que son y las futuras - la nova et vetera del buen administrador. ¿No es la institución de educación superior de la Compañía un puesto privilegiado para hacer de mediador entre el conjunto de ideas que gobiernan el mundo actual y aquella sabiduría divina que por un lado participa de la locura de la cruz y por otro es un signo del "Yo hago nuevas todas las cosas?" ¿No está llamada a ejercer un papel profético?

Permitidme aclarar lo que quiero decir y no decir con esta palabra "profético".

No me refiero a la airada y fácil denuncia de cualquier mal ni una proclamación que mientras pretende librar a los débiles y a los sin poder los instiga a una autojusta exaltación de sus propias virtudes y a odiar y despreciar a los que no están con ellos.

Yo empleo la palabra profeta en el sentido bíblico: uno que ha recibido la misión espiritual de dar testimonio del poder y del amor de Dios a los hombres. Entiendo por profético el hablar perseverante y valientemente acerca de las cuestiones de hoy por hombres cuya visión está enraizada en la enseñanza de Cristo clarificada con su comunidad por medio del discernimiento y en consonancia con su total dedicación a Cristo. El profeta "habla el mensaje de Dios" (I Cor.14.24), no solo cuando se acepta voluntariamente sino especialmente cuando es una "palabra dura", dolorosa para todos los puntos de vista demasiado humanos acerca de lo que Dios espera del hombre en la historia. El profeta se funda solo en Dios y como resultado es libre interiormente y puro de corazón. Es comprensivamente crítico respecto a todos los movimientos e instituciones, muchas de las cuales son sin duda excelentes pero todas limitadas.

El papel del profeta es poner en relación el Dios vivo con sus creaturas en la singularidad de su momento presente. Pero precisamente por esto, su mensaje se dirige al futuro. Ve el futuro que se acerca con su doble vertiente de juicio y de salvación. Juzga la situación humana con plena libertad y lee el momento presente que pasa con la ayuda de una especial luz divina que le capacita para penetrar profundamente en el sentido de los acontecimientos. El profeta sabe que el juicio que él pronuncia viene del Dios de la salvación y que se encamina a "edificar y plantar" (Jer.1.10). Cuando los "sabios de este mundo" tienen que callar porque ignoran el profundo sentido de los acontecimientos, el profeta habla. De ahí que en este sentido podamos comprender por qué el P. Przywara dice que "el jesuita vive en la línea de frontera donde la Iglesia encuentra al mundo y el mundo encuentra a la Iglesia ... La función del jesuita es interpretar la Iglesia al mundo y el mundo a la Iglesia. La línea fronteriza es siempre versátil. Por lo tanto nuestra principal tarea es localizarla" (Citado de "The University in the American Experience"; John Courtney Murray New York: Fordham University, 1966, pp. 10).

¿No era esto lo que el Santo Padre tenía en su mente en su memorable alocución del 3 de diciembre, cuando nos decía:

Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas... Estáis en la vanguardia de la renovación profunda que está afrontando la Iglesia, después del Vaticano II, en este mundo secularizado. Vuestra Compañía es, decimos, el test de la vitalidad de la Iglesia en los siglos; es quizá uno de los crisoles más significativos, en que se encuentran las dificultades, tentaciones, esfuerzos, perennidad y éxitos de la Iglesia entera. (Alocución del Santo Padre a los participantes en la Congregación General XXXII, Dec. 3, 1974).

Estas palabras nos indican que si queremos continuar en nuestro papel apóstó-

lico y profético, de acuerdo con la mejor tradición de la Compañía, debemos permanecer en nuestro puesto en esta línea fronteriza entre la Iglesia y el mundo de los no creyentes, entre los mayores adelantos de la ciencia y la realidad de la vida de cada día, buscando soluciones a los más graves problemas y estimulando a otros en el proceso. Basados firmemente en una sólida y auténtica tradición, y consecuentemente progresistas como lo son solo aquellos que se guían principalmente por el inextinguible deseo del "magis".

En el sentido que acabo de explicar, las comunidades de la Compañía de las que formais parte, y vosotros mismos como líderes del apostolado universitario, estais llamados a ser profetas. No habeis vosotros escogido esta carga. La Compañía, como parte del Pueblo de Dios, os ha dado esta misión, sean cuales hayan sido la forma concreta en que habeis sido designados para ella.

Ser profeta en este sentido y en la medida señalada a nosotros por la 32 Congregación General no nos va a poner en los primeros puestos en las escalas de popularidad.

Vivir como profeta exige integridad y energía espiritual muy por encima de lo ordinario. En estos momentos, más aún que antes de la Congregación General, necesitamos tal integridad y energía, porque se nos ha pedido que hagamos del servicio de la fe y la promoción de la justicia el centro de nuestra vida. Teniendo en cuenta lo que esta tarea nos exige, recordé a los miembros de la Congregación ya al comienzo del estudio sobre la justicia, las siguientes palabras, tan graves, de la Octogésima Adveniens:

Que cada uno se examine para ver lo que él ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer. No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, subrayar las injusticia clamorosas y proferir denuncias proféticas; estas palabras no tendrán peso real, si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. (Octogésima Adveniens (AAS, 1971, 437-438) -).

De ahí pasé a hacer en nombre propio la siguiente serie de preguntas, no tomadas del aire, sino escogidas deliberadamente para que nos ayudaran a prever a dónde debían llevarnos nuestras decisiones:

Prompta est ad hanc responsabilitatem assumendam, eademque portandam ad ultima usque consecutaria? Prompta est ad ingrediendam viam crucis gravioris, quae nempe incomprehensiones nobis portabit civilium et ecclesiasticarum auctoritatum et meliorum nostrorum amicorum? Parata est ad testimonium dandum non per decretum tantum vel per declarationem quae in verbis exprimat sensus et modum cogitandi omnium vel maioris partis Congregationis, sed ad reducendam in praxim illud testimonium per decisiones concretas, quae necessario modificare debent nostram vivendi rationem, nostrum operandi modum, activitatis nostrae, planum sociale

personarum cum quibus tractamus, imaginem insuper ipsam nostram et socialem aestimationem? (Noticias CG, no.6, 20 diciembre, 1974, p. 4)

Sabemos que la respuesta de la Congregación fue el Decreto sobre nuestra misión hoy, y de ahí, el compromiso de toda la Compañía. Por lo tanto no podemos esquivar el preguntarnos con absoluta sinceridad si tenemos recursos suficientes para llevar la carga del profeta. Experimentaremos sin duda gran fuerza y autoridad si decimos que sí, pero se nos pedirán grandes sacrificios tanto en lo que nos concierne personalmente como en nuestras relaciones con hombres que hasta ahora se contaban entre nuestros defensores y amigos.

Somos nosotros los que debemos decidir. ¿Queremos llevar a cabo nuestra misión apostólico-profética con todo lo que exige, o quedaremos satisfechos con una comfortable mediocridad?

No tengo duda alguna de vuestra respuesta si considero vuestros grandes esfuerzos para mantener la identidad y el espíritu jesuítico en vuestras instituciones a pesar de los enormes obstáculos, vuestra rápida y generosa respuesta a mi invitación para esta reunión, vuestra evidente determinación de ser fieles a vuestra vocación jesuita del magis por Cristo. Es evidente que no somos nosotros los que podemos decidir el ser ministros de la profecía. Los profetas son creación de Dios, hechos, no nacidos tales, de acuerdo con necesidades específicas. Sin embargo, como dije antes, el espíritu profético hay que detectarlo no solo en los individuos sino en grupos y en comunidades. Estamos llamados a ser profetas en cierto sentido, porque pertenecemos a la Iglesia y porque somos religiosos. La Iglesia es un cuerpo profético. También las comunidades religiosas tienen una función profética. En este sentido, escribe Ladislav Orsy, SJ: "La pureza de la vocación religiosa consiste en la pureza de la profecía por medio de la palabra, la acción y la vida diaria" (Open to the Spirit, Washington: Corpus Books, 1968, p.21).

Este espíritu carismático-profético se debe expresar en cada uno de los aspectos de nuestra vida universitaria diaria, ya sea la investigación, la enseñanza o el servicio a nuestra comunidad. Hablando en general las cualidades que deben distinguir estas actividades son perspicacia, claridad de visión, sinceridad, autenticidad, fortaleza al enfrentarse con las dificultades y al llevar adelante nuestras obras.

Estas cualidades determinarán la clase de investigación que emprendemos: nuestros planes a corto y largo plazo; los problemas que decidimos estudiar, incluso aquellos que otros quizás no se atrevan a enfrentar; los aspectos de ellos en que fijamos nuestra atención. En relación con esto quisiera citar las sabias observaciones del P. Bernard Lonergan acerca del enfoque jesuítico sobre los problemas mundiales:

Si estoy en lo cierto al afirmar que los jesuitas del siglo veinte, como aquellos del dieciséis, están para enfrentarse a las crisis, tienen que acep-

tar los logros modernos en las ciencias naturales, en la filosofía, en la teología, mientras preparan una estrategia para su trato con las opiniones seculares sobre la religión y con las concomitantes distorsiones de lo que el hombre piensa sobre el conocimiento humano, en su aprehensión de la realidad humana, en su organización de los asuntos humanos" (The Response of the Jesuit, As Priest and Apostle, in the Modern World" en Studies in the Spirituality of Jesuits, Vol. II, no. 3 p. 109).

Nuestra enseñanza se dirigirá a formar el hombre nuevo, el hombre para el mundo de hoy y buscará los medios más eficaces para conseguirlo; se dará, por ejemplo, gran importancia en preparar para el uso de la libertad y para el desarrollo de una personalidad integrada, en vez de los acostumbrados productos mancos y unidimensionales de nuestra tecnología cultural. Debemos fomentar el deseo de "aprender a aprender" que es el corazón de los que se llama Educación Continuada. Debemos formar Hombres para los Otros, hombres cuyo ideal es servir, que enriquecen su propia personalidad para enriquecer la de los demás; cuyos horizontes se extienden hasta sus semejantes de las más lejanas fronteras nacionales e internacionales. Nuestra visión profética y carismática nos empujará a descubrir principios pedagógicos y a aplicarlos rectamente a fin de obtener resultados que van más allá de consideraciones puramente humanas o racionales.

En nuestro servicio no descansaremos en nuestra búsqueda del tipo realmente importante de servicio y de la forma en que debemos prestarlo.

Algunos de los desafíos con los que debemos enfrentarnos serán tan grandes como el mismo mundo: el masivo fenómeno del ateísmo en sus aspectos teológico, pastoral y otros; la base fundamental de los valores morales; la ética de los negocios; el problema de la ecología y la habitación; problemas internos de la ciudad; la explotación de los pobres y desamparados, el hambre y la sequía; falta de recursos para la población. Otros cambian de región a región, de país a país. Con todo, los principios que nos deben guiar para enfrentarnos con estos desafíos serán los mismos para todos nosotros ya que se fundan en el mismo espíritu que a todos nos anima y nos dirige hacia el fin por el que Cristo nos llamó a su Compañía.

Todo esto exige hombres de extraordinaria sensibilidad y discernimiento espiritual por un lado, y, por otro, de extraordinaria y no desviada fidelidad a la Iglesia; hombres que estén en continuo contacto con el mundo de la ciencia sin perder el contacto con el mundo del espíritu ya que sus decisiones no surgirán siempre de ciertas deducciones racionales sino también de una profunda comprensión de todos los elementos de una situación particular y esto puede ser muy difícil.

Tan difícil de hecho, que ninguna persona particular por erudita que sea, ni ninguna institución por bien dotada que esté puede esperar resolver sola el problema. El enfoque ha de ser al mismo tiempo interdisciplinar e internacional. An-

te todo, interdisciplinar: muchos de los urgentes problemas de hoy tienen muchas dimensiones en el sentido de que comprenden diferentes áreas de competencia y tienen aspectos sociales, políticos, económicos, psicológicos, filosóficos y religiosos. Por lo tanto el enfoque para resolverlos debe ser interdisciplinar si se les ha de encontrar una solución equilibrada. En esto, la universidad ocupa una posición privilegiada. Y ¿no es la universidad católica una corporación apta para lograr la interpretación de la experiencia religiosa, humanística y científica?

Además, ya que en el mundo de hoy ningún hombre, ninguna nación es una isla sino miembros o partes de un pueblo universal, las soluciones que buscamos deben tener también este carácter internacional. En esto están cada vez más de acuerdo los científicos que investigan la industria, la alimentación y la salud. De lo que quizás no nos hemos dado cuenta los jesuitas es que tenemos en nuestras manos esta red internacional que los otros tienen que luchar tanto para conseguir. Vuestra presencia aquí, venidos de 70 centros de educación superior esparcidos por todo el mundo, es prueba suficiente de la enorme ventaja que tenemos, pero que temo no empleamos adecuadamente.

Entre los frutos que debemos recoger de este encuentro de jesuitas desde los cuatro puntos cardinales, deseo que dos de ellos ocupen un especial puesto en vuestro pensamiento. El primero es que mientras nuestras deliberaciones nos ayuden a cada uno de nosotros a darnos cuenta más profundamente de nuestras responsabilidades y oportunidades respecto a nuestra situación particular, nos capaciten también para ensanchar nuestra visión de modo que podamos ver nuestro trabajo en relación con el apostolado de la Compañía, que nos veamos como miembros y representantes de la Compañía. No pertenecemos simplemente a una organización de ámbito mundial: formamos parte de una comunidad mundial communitas dispersa, pero una verdadera comunidad. (unum corpus) extendida a lo largo del mundo para el servicio de la Iglesia universal.

El segundo fruto que deseo saquemos es que aprovechemos esta ocasión para ahondar los lazos de hermandad entre nosotros, de modo que en los años venideros podamos trabajar como una comunidad en el sentido de que nuestras instituciones se conviertan realmente en instituciones hermanas. Creo que podemos descender a algunos planes muy prácticos buscando y comunicando mutuamente la información que necesitamos a fin de planificar en común, buscar medios para formar unidades nacionales, regionales, continentales de mutua ayuda y cooperación y recomendaciones de cómo yo y mis consejeros de la Curia podemos facilitar vuestro trabajo. Necesitamos comunicarnos más unos con otros, los presidentes entre ellos; con la Compañía como estais haciendo ahora; con los de fuera, como lo hareis en Delhi y Moscú. Más que cargaros más, esta participación iluminará vuestra carga. Además, como vuestro trabajo es solamente uno de los apostolados de la Compañía, debeis estar en contacto con los superiores que coordinan todo el apostolado de la Compañía. Y finalmente ya que estais en una misión que es

de la Iglesia universal, debeis estar seguros de que la interpretais rectamente.

Con estas consideraciones termino estas palabras de introducción. Espero que os hayan ayudado a pensar en la gran importancia de nuestro común apostolado de la educación superior. Tenemos hoy más que nunca que reforzar este apostolado no para conseguir una fama terrena, no por el poder o influencia que puede traernos en las reuniones internacionales, sino solamente por el amor de Dios. N/S/ en el que encontramos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia. Que El, en su infinita generosidad, nos lleve a El mismo de modo que veamos este mundo con su mente y lo abracemos con su corazón.

Pedro Arrupe, S.J.